

Inclüsus

Vencer al Maligno

JOSE TOVAR



Notting Hill
Editorial

Inclūsus: vencer al Maligno
© Jose Tovar, 2025

Primera edición: abril de 2025

© Fotografía del autor: Studio Lucena Elche
www.fotolucena.com

Edita: Notting Hill Editorial

Impresión: XXXXX
Impreso en España

ISBN: 978-84-XXXXXXXXXX
Depósito Legal: X XXX-2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido reproducir, almacenar o transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

*El poder sin límites es un frenesí que
arruina su propia autoridad.*

FRANCOIS FÉNELON (1651-1715)

Capítulo 1

Alodia

4 de marzo de 1249

Sabía que le quedaban escasos minutos de vida. Empezaba a darse cuenta de su tremendo error. Pero el último hálito de su breve estancia en la tierra se lo debía a su pequeño, mientras se desangraba en la plenilunada noche de la que empezaban a desprenderse las primeras gotas de lluvia.

De nada sirvieron las súplicas, su humillación ante aquel ser carente de sentimientos, del amor que su lengua envenenada predicaba sin ningún rubor y con escasa credibilidad entre aquellos que lo conocían bien. Y Alodia era una de esas personas.

Entró a la ciudad poco antes del toque de ánimas, confundida entre los últimos ciudadanos que se apresuraban a llegar a sus hogares bajo la fría noche que ya les envolvía. Tres toques secos de campana espaciados por un silencio que rompían las aglutinadas pisadas de los más rezagados, entre los que logró colarse ayudada por las sombras mientras se cerraban las puertas a su espalda. Giró a su izquierda precavida para que nadie la reconociera. Aún no era el momento. Contempló con añoranza, más abajo, el call¹ en el que fue acogida casi cuatro años atrás y del que

¹ Judería en las ciudades y pueblos de Cataluña.

escapó hacia pocos meses, cuando su embarazo fue tan evidente como para comprometerla. Además del pánico atroz que sentía por las consecuencias que podría despertar en ellos. Seguramente la matarían antes de que se conociera la verdad. Con ese convencimiento huyó, y ahora volvía a estar allí.

¿Qué insensatez estaba cometiendo? Ahora ya era tarde para arrepentirse.

Continuó andando hasta el horno y torció a la derecha hacia la Plaza *Major*. Sus arcadas semicirculares y la creciente oscuridad la ayudarían a ocultarse hasta que todo el mundo volviera a sus casas. El cansancio por la distancia recorrida y los primeros dolores del incipiente parto la lanzaron sin testigos al impassible empedrado.

Al menos debía intentarlo. Ya habían hecho bastante por ella. No podía consentir que además se hicieran cargo de un recién nacido si apenas tenían suficiente para subsistir en aquellas condiciones, por mucho que quisiera contribuir. Y si encima el neonato no fuera varón, las posibilidades se reducirían. ¿Qué sería de la criatura en el futuro? Seguramente acabaría como ella, vendida como esclava a un amo sin escrúpulos que haría insufrible su vida. Por eso debía intentarlo. Aunque sus probabilidades eran remotas y tan poca fe tenía en ellas, debía hacerlo. Quizá no se apiadara de ella, pero tal vez lo hiciera del ser que tan presto estaba de asomar al despiadado mundo que lo recibiría carente de misericordia.

Si se lo propusiera, él podría proporcionarle un incierto porvenir que, aunque oscuro, sería más de lo que ella podía ofrecerle. No quería pasarse el resto de su vida preguntándose qué hubiera sido de su pequeño de no hacerlo. Y ahora, el resto de su vida se reducía a los pocos minutos que la separaban de la tiránica visita de la parca. Qué ironía. Qué forma tiene el destino de burlarse de uno.

Las calles de Besalú iban quedando desiertas. Alodia consiguió no con pocas dificultades ponerse en pie de nuevo y cruzar por una larga y estrecha callejuela que la llevaba directamente ante la puerta del hospital de peregrinos de Sant Julià. Junto a este, el monasterio de Sant Pere, su destino, se erigía imponente ante ella, tan frío como la noche que la atenazaba.

Rodeó el templo cada vez más fatigada y bajó hasta el portal de los molinos. Allí nadie la molestaría y haría tiempo hasta que los monjes se retiraran definitivamente a sus cámaras. Se arrellanó nerviosa para protegerse del frío y esperó.

La lluvia no tardó en aparecer en todo su derroche. Su rítmico lagrimeo enmudeció cuanto había alrededor. Si no quería empaparse debía anticipar sus primeras intenciones. Dudando si sería lo correcto, deshizo lo andado un rato antes y regresó a Sant Pere. Se paró ante el portal encajonado entre las dos pequeñas columnas de la fachada principal y llamó cautelosa. Un efímero pensamiento traspasó su enflaquecido instinto expulsándolo velozmente, para que no echara raíces y la empujara a largarse de allí, a huir y apartarse de aquel infierno, de ese pasado que la perseguía y del que nunca se libraría. Pero volvía a pensar en su hijo y todo cobraba sentido de nuevo. Todo cuanto hiciera por él antes de tenerlo entre sus brazos podría ser trascendental.

Demasiado tarde para arrepentirse. Una estrecha rendija más negra que la propia noche se abrió ante sus narices por la que apareció el sacristán, que la miró de arriba abajo en silencio. La repugnancia que la invadió al sentirlo tan cerca solo fue superada por la imperiosa necesidad de implorar ya no por su vida, sino por la de su hijo.

—Necesito ver al padre abad, por favor, es de vital importancia —le dijo nada más vislumbrar su inquisitiva figura. El ponderado hermano siguió observando a la mu-

chacha breves instantes y cerró la puerta sin decir nada. Desesperada, golpeó la puerta, fuertemente esta vez, mientras un insoportable dolor la obligaba a doblarse por la mitad. Las entrañas le ardían, y el ritmo acelerado de su corazón le decía que el momento estaba cerca. Gritó y siguió golpeando el rudo portón hasta que este se abrió de nuevo.

—El abad no te recibirá a esta hora, mujer —oyó que le decían desde el otro lado—, vuelve mañana.

—No habrá mañana si no me ayuda —contestó volviendo a alzarse con gran dificultad—, se lo suplico, ayúdeme. Me muero de frío.

Pero el sacristán ya no la oía. Había desaparecido en la penumbra de su seguro refugio. Nadie la oía tras aquellos muros que la separaban con firmeza de la vida, de la esperanza. Siguió aporreando la puerta hasta que le sangraron las manos, hasta que se le quebró la espalda bajo el peso de su voluminoso vientre y retorciéndose de dolor volvió a caer al suelo.

Por un momento creyó que sus lamentos iban a causar algún tipo de efecto. La entrada al monasterio volvió a abrirse, ahora de par en par, y el Reverendísimo Padre apareció encolerizado. Desde el piso lo miró y no pudo soportar su emponzoñada mirada. Tiritó de frío y de miedo a partes iguales cuando el abad se acercó a ella y en silencio la agarró fuertemente del brazo arrastrándola por el encharcado empedrado. Tiró de ella hasta la parte trasera del edificio, ya cerca del portal de Olot, mientras imploraba por su misericordia.

—¡Fuera de aquí! —le gritó—. ¡Vuelve al agujero del que saliste, zorra, no quiero volverte a ver! —repetía una y otra vez encolerizado.

—Se lo suplico —insistía ella entre los jirones en los que se estaban convirtiendo sus vestiduras, por los que empezaban a surtir filigranas escarlata que apenas sentía—.

¡Por el inocente que mora en mis entrañas! Apiádense de él. Déjelo vivir, ¡por favoor! —lloraba desconsolada bajo el arrogante examen del abad.

—Aquí podrás llorar y gritar todo lo que quieras —acabó diciendo mientras sus pasos apuntaban de nuevo a la abadía. Alodia comprendió descorazonada que no arrancaría ni una pizca de piedad de su duro corazón que tanto odio guarecía en su interior. Se deslizó como pudo hasta los muros del monasterio y apoyó la dolorida espalda sobre ellos. Respiró profundamente y se limpió los mocos con el dorso de las manos.

Si tan solo me fueran concedidas un puñado de horas más hasta alumbrar a mi pequeño..., pensaba mientras se orinaba encima. *He hecho lo necesario para salvaguardar su vida, lo he intentado*, se decía para consolarse no demasiado convencida. *No puedo estar huyendo toda la vida*, y sintió un intenso dolor al final de la espalda. *¡Socorro, ayúdenme!*, gritaba cada vez con menos fuerza, sabiendo que nadie se atrevería a auxiliarla. Nadie saldría de su casa una noche como aquella. Tarde o temprano acabarían pagando las consecuencias. Todos lo sabían. No merecía la pena solo por una esclava.

Un silencio absoluto la envolvía. El dolor se intensificaba por momentos desde el fondo de la barriga, que se contraía dándole breves momentos de relajación que aliviaban su sufrimiento. Se irguió llevándose las temblorosas manos al vientre para intentar mitigar aquella tortura, y solo consiguió desesperarse aún más. Se puso en cuclillas separando las piernas todo lo que podía y eso la calmó. Una nueva punzada sacudió su cuerpo y un vaporoso velo cubrió sus ojos, haciéndole perder la noción del tiempo.

Despertó al notar el cuerpo del niño abriéndose paso entre sus vísceras y sintió una irrefrenable necesidad de empujar. Estaba tremendamente agotada, pero consiguió

volver a ponerse en cuclillas. Sintió una fuerte presión en el inicio de sus muslos y en el culo. Debilitada por las heridas infringidas por el abad, un extraño sopor amenazaba con apoderarse de ella. Con sus últimas fuerzas siguió empujando, soportando el escozor creciente de su sexo. Las contracciones cada vez más intensas sacudían su cuerpo al mismo tiempo que el dolor se debilitaba momentáneamente. La cabeza de la criatura luchaba por abrirse paso a la vida presionando cada vez con más ímpetu, y esta floreció entre los sollozos de la madre. Al asomar el primer hombro, Alodia lo agarró entre sus dedos marchitos y salió por completo. En ese momento, todo dolor cesó, dando paso a la dicha infinita de ver al fin la cara de su hijo. Era un varón. Había traído al mundo un varón con la incertidumbre del destino que correría. No debía pensar en ello. Ahora era tiempo de protegerlo y arroparlo, de envolverlo en ternura y cubrirlo del amor del que ella siempre careció. Lo tomó entre sus brazos y lo acercó a sus pechos instintivamente. El niño succionó inducido por la inusitada paz que su madre le brindaba, pero no obtuvo recompensa alguna a su esfuerzo. La fatiga empezaba a someter a Alodia, pero ella no se daba por vencida. «¿Cómo te llamaré?», le susurró, sin saber si volvería a ver amanecer.

La lluvia comenzó a caer torrencialmente, transportando con ella la abundante sangre que su cuerpo escupía. Instintivamente, protegió aún más al pequeño. Aterrorizada, al fin entendió que había arrastrado a su hijo a una muerte segura. Lloró abrazada a él concediéndole el último calor que su cuerpo desprendería. Un profundo y dulce sueño se iba apoderando de ella, sintiendo cómo la vida se le escapaba de entre las manos.

Oyó nítida la llamada de la muerte, mientras el niño intentaba arrancar inútilmente de sus pechos la última bocanada de energía de su madre. El sueño era cada vez más

profundo. Ya no podía mantener abiertos los ojos, y mucho menos a su hijo entre los brazos. Una inmensa paz la invadió, y supo que esa sería la última vez que lo vería. El niño se escurrió de la teta de su madre y quedó acurrucado sobre el vientre inerte. La despiadada temperatura de Besalú acabaría con él en pocas horas.

Una sombra oculta hasta entonces se dejó ver. Se acercó cautelosa a la muchacha, comprobó que ya no vivía y se apoderó del bebé. El cordón umbilical tiró de él y dudó por un momento. Lo desgarró como pudo con sus propias manos, a dentelladas, dejando parte del mismo colgando de su menudo cuerpo. Corriendo con él entre sus brazos, subió por la calle del Canó y en la Plaza *Major* torció a la derecha encaminándose hacia el puente. Temiendo que lo descubrieran, poco antes de llegar lo lanzó sobre el lecho del río y deshizo el camino tan rápido como le permitían sus piernas. A lo lejos, las campanas llamaban a maitines. Un desgarrador llanto rompió el silencio de una alborada que empezaba a mirar de reojo a los reposados vecinos de la ciudad.